

Mc 8,27-35

Tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres

Al leer el Evangelio de hoy queda la impresión de que aquí hay un punto de quiebre, algo que produce en Jesús un cambio de actitud. En efecto, después de la famosa confesión de Pedro: "Tú eres el Cristo", el Evangelio dice que a partir de ese momento Jesús "comenzó a instruir" a sus discípulos acerca de su misión: "El Hijo del hombre tiene que sufrir mucho y ser reprobado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, ser matado y resucitar a los tres días". Esta enseñanza que comienza aquí, en adelante debió ser frecuente, pues en el Evangelio, que se distingue por su parquedad de palabras, se repite tres veces; son los llamados "anuncios de su pasión".

Durante este año hemos ido siguiendo la lectura del Evangelio de Marcos y hemos visto cómo Jesús hace curaciones, calma la tormenta en el mar, camina sobre el agua, nutre una multitud multiplicando los panes, expone una enseñanza sorprendente. Todo esto era suficiente para que en el pequeño ambiente de la Palestina de esa época se hiciera notar. El Evangelio lo dice expresamente: "Bien pronto su fama se extendió por todas partes, en toda la región de Galilea" (Mc 1,28). Era entonces natural que la gente se preguntara: "¿Quién es éste?", e intentaran diversas explicaciones de su identidad.

El Evangelio de hoy toca este punto directamente: "Jesús preguntó a sus discípulos: ¿Quién dicen los hombres que soy yo?". Si todo el Evangelio consiste en la revelación de la identidad de Jesús, es claro que aquí tenemos un punto central. Los discípulos le refieren las distintas opiniones que tenía la gente acerca de Jesús: "Unos dicen que tú eres Juan al Bautista; otros, que Elías; otros, que uno de los profetas". Son respuestas no comprometidas. Los discípulos saben que esas opiniones de la gente no son exactas y el mismo Jesús no reacciona ante ellas. Pero ahora Jesús pone una segunda pregunta que interpela a sus discípulos directamente y los obliga a comprometerse en primera persona: "Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?". Podemos imaginar su vacilación, se hace sentir un momento de silencio, las respuestas ya no son tan variadas ni tan fáciles. Es entonces que se adelanta Pedro, rompe el silencio y contesta: "Tú eres el Cristo". Esta es una respuesta extraordinariamente comprometida. Quiere decir: Tú eres el esperado de Israel, el anunciado por los profetas, el que salvará a su pueblo.

"Cristo" significa "ungido"; y ungidos por Dios eran los reyes. El "ungido" por excelencia había sido el rey David. A él había prometido Dios: "Uno salido de tus entrañas se sentará sobre tu trono y yo consolidaré el trono de su realeza para siempre" (cf. 2Sam 7,12). Y la historia de Is-

rael había quedado orientada hacia el futuro a la espera de este descendiente de David que restablecería la monarquía y la grandeza de que gozó Israel durante el reinado de ese gran rey. Pero David no era más que una figura. El verdadero "ungido", no con aceite a modo de signo, sino directamente con el Espíritu Santo, era Jesús. Por eso él adopta el nombre propio de Cristo.

Jesús acepta la definición dada por Pedro; pero impone absoluto silencio acerca de su identidad y comienza a decirles algo que contrasta con su condición de "Cristo", tal como la entendía la gente y como la entendían sus mismos discípulos: "El Hijo del hombre tiene que sufrir mucho y ser reprobado... y ser matado". Esto los discípulos no se lo esperaban. El mismo Pedro no lo puede digerir y comienza a reprender a Jesús. ¡No es posible que el Cristo, anunciado por Dios como rey y salvador, pueda ser víctima de maltrato por parte de los hombres y pueda ser sometido a muerte! Es que aquí Jesús está dando una definición del Cristo y de su misión de salvador del mundo que es nueva y que contrasta con la opinión de los hombres, pero que responde a las antiguas profecías de Isaías acerca del siervo de Yahveh: "Indefenso se entregó a la muerte y con los rebeldes fue contado; él cargó con el pecado de muchos e intercedió por los rebeldes" (Is 53,12). Esta es la misión que Jesús tenía que cumplir y la cumplió con total fidelidad. Por eso cualquiera que tratara de apartarlo de ella era rechazado con energía, como hace aquí con Pedro: "¡Quítate de mi vista, Satanás! Porque tus pensamientos no son los de Dios sino los de los hombres".

Desde este momento Jesús, sin rechazar su identidad de "Cristo" e "Hijo de David" comienza explicar a sus discípulos cada vez más claramente que su misión era la de ofrecerse en sacrificio por el perdón del pecado. Si Cristo hubiera hecho el papel de un rey al modo de David, es decir, como era el pensamiento de los hombres acerca del Cristo, habría sido un rey más de esta tierra, uno de los potentes que tratan de dominar en un instante de la historia, pero no nos habría librado del pecado. En cambio, él dando su vida por nosotros y muriendo en la cruz, ofreció a Dios un sacrificio que expió el pecado del mundo. Dios demostró que había aceptado su sacrificio resucitándolo de los muertos. Por eso la definición de la identidad Jesús, que era la de Dios y no la de los hombres, es la que dio Juan el Bautista cuando lo vio venir hacia él: "He ahí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (Jn 1,29).

En la Conferencia de El Cairo, que está transcurriendo estos días, tenemos un esquema semejante al del Evangelio de hoy. Por un lado, están los potentes de este mundo tratando de salvar a la humanidad; pero ¡a su manera!, que no es la de Dios, sino la de los hombres. Por otro lado, tenemos la voz del Santo Padre que advierte que sólo puede haber salvación en la obediencia a la ley de Dios, es decir, que la

salvación es obra de Dios y no de los hombres. Entre tanto, siguen resonando las palabras de Cristo: "Quien quiera salvar su vida la perderá; pero quien pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará" (Mc 8,35). Perder la vida por Cristo y el Evangelio quiere decir dejar los cálculos humanos y abandonarse al plan de salvación de Dios.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo Auxiliar de Concepción